Horae Homileticae de Charles Simeon no es simplemente una colección de esquemas de sermones; es una manifestación del profundo compromiso de Simeon con los principios de humildad, exaltación del Salvador y promoción de la santidad en la predicación. Inspirado en los principios homiléticos de Jean Claude (1619-1687), Simeon desarrolló este extenso trabajo a lo largo de varias décadas, y llegó a ofrecer más de 2500 esquemas que reflejan su evolución como predicador y su estilo único. Desde su publicación inicial en 1796 hasta su culminación en 1833, *Horae Homileticae* se convirtió en una obra de referencia para predicadores que buscan orientación en la composición de sermones que equilibran verdad revelada y moderación espiritual. Dedicada al Arzobispo de Canterbury, William Howley (1766-1848), esta obra no solo destaca por su amplitud sino también por su intento de dar a cada verdad bíblica el lugar y la consideración que merece según las Escrituras. Acompañada de una edición mejorada del manual devocional de Benjamin Jenks (1646-1724), esta colección es indispensable para aquellos que deseen profundizar en una predicación que verdaderamente toca corazones y transforma vidas.

Alan F. Munden
Clérigo, historiador de la iglesia.

En la alborada del siglo XIX, *Horae Homileticae* de Charles Simeon se erigió como una obra sin precedentes en el ámbito de la homilética en Inglaterra, y marcó un hito en la literatura de sermones. Desarrollando el sistema de Claude para la composición de sermones, Simeon ofreció a la comunidad eclesiástica una colección de 2536 esquemas sermonarios distribuidos en veintiún volúmenes. Esta monumental obra no solo demostraba la demanda de recursos que asistieran a los ministros en su labor predicativa, sino que también buscaba contrarrestar la práctica, aún no del todo extinta, de copiar sermones íntegramente. A pesar de las críticas hacia la dependencia que tales ayudas podrían fomentar, *Horae Homileticae* destacó por su profundidad y calidad, y se convirtió en el recurso más noble de su tipo. Aunque su propósito original pueda considerarse obsoleto hoy en día, el legado de Simeon perdura e influye incluso en los comentarios bíblicos contemporáneos mediante la inclusión de notas homiléticas. Este tesoro de la homilética sigue siendo una fuente de inspiración para una predicación reflexiva y fundamentada en las Escrituras.

Daniel P. Kidder
Teólogo y escritor metodista episcopal estadounidense que pasó varios años en Brasil.

Desde el púlpito de Holy Trinity en Cambridge, donde predicó durante más de cincuenta años, Simeon demostró una perseverancia inquebrantable frente a la resistencia inicial de su congregación. Sus veintiún volúmenes de sermones establecieron un estándar homilético para generaciones futuras, e inspiraron a predicadores y misioneros a través de su devoción y enseñanza. La intensidad de su pasión por predicar la palabra de Dios y su amor por su gente se

manifestaban de manera conmovedora, como en el momento en que, abrumado por la indiferencia de sus oyentes tras décadas de predicación, Simeon se derrumbó en lágrimas en el púlpito. Este acto, lejos de ser una mera demostración emocional, refleja la tragedia de rechazar la gracia de Dios. *Horae Homileticae* encapsula la esencia de un ministerio que, más allá de la erudición, estaba impregnado de un corazón ardiente por la salvación de las almas.

R. Kent Hughes

ex pastor titular de la College Church de Wheaton, Illinois, Estados Unidos. Hughes es autor de numerosos libros, entre ellos el superventas Disciplines of a Godly Man.

Horae Homileticae de Charles Simeon es un testimonio del poder transformador de la predicación bien estructurada y apasionada. Este clérigo, cuya influencia se extendió por toda Inglaterra desde el púlpito de Holy Trinity Church en Cambridge, revolucionó la homilética mediante la adopción de una estructura formal en sus sermones, algo que aprendió tras siete años de predicación sin una clara comprensión de cómo construir un sermón efectivo. Su encuentro con un ensayo sobre la composición de sermones le proporcionó las herramientas para canalizar su libertad expresiva en un método que no solo servía al mensaje sino que lo potenciaba. Los 2536 sermones de Simeon, recogidos en *Horae Homileticae* son el resultado de este enfoque disciplinado y fervoroso, que logra combinar la lógica, la retórica y la ilustración con la verdad bíblica de manera que electrifica al oyente. Este volumen no solo refleja una técnica depurada sino también una pasión por comunicar el evangelio, tan contagiosa que incluso una niña pequeña podía percibir la intensidad de su compromiso. *Horae Homileticae* es, por tanto, una obra imprescindible para aquellos que buscan profundizar en el arte de la predicación con el fin de transmitir con mayor eficacia el mensaje de la fe cristiana.

Paul S. Rees

Paul S. Rees, autor de Triumphant in Trouble: Studies in I Peter, en LibraryThing

Horae Homileticae es una obra monumental que abarca veintiún volúmenes, se erige como un indispensable recurso homilético que ofrece discursos sobre cada libro del Antiguo y Nuevo Testamento. No se trata de comentarios bíblicos en el sentido tradicional, sino de una serie continuada de sermones que, junto con índices copiosos preparados por T. Hartwell Horne (1780-1862), conforman la totalidad de las obras de Simeon. Aunque algunos han descrito estos discursos como «un valle de huesos secos», la obra invita al lector a asumir el papel de profeta para insuflarles vida. Este llamado a la acción no solo subraya la riqueza y profundidad del material sino también su potencial para revitalizar y enriquecer la predicación contemporánea. Con un precio accesible para su valor, *Horae Homileticae* representa una inversión invaluable

para aquellos comprometidos con el arte de predicar, y promete ser un tesoro de sabiduría y guía espiritual.

Charles Spurgeon

Horae Homileticae de Charles Simeon emerge en el siglo XIX como una contribución significativa al cuerpo de la literatura evangélica anglicana, y destaca entre las obras de teología y predicación de la época. Este vasto compendio de discursos, que ofrece un comentario detallado sobre cada libro del Antiguo y Nuevo Testamento, refleja la profunda devoción de Simeon por las Escrituras y su compromiso con las doctrinas fundamentales de la corrupción humana por el pecado y la redención por medio de Cristo. A diferencia de algunos contemporáneos que menospreciaban el culto público de la Iglesia de Inglaterra en favor de la piedad personal, Simeon era un ferviente defensor de la liturgia anglicana, argumentando que esta tenía como objetivo elevar las mentes hacia un estado santo y celestial, fundamentado en Jesucristo como la única esperanza del pecador. Su aprecio por el Libro de Oración Común, al que elogiaba por su temperancia, practicidad y enfoque pacífico, evidencia un equilibrio entre la verdad bíblica y la expresión amorosa de la fe. *Horae Homileticae* no solo es una obra maestra homilética sino también un testimonio del legado de Simeon como un teólogo que, aunque no mostró el rango de erudición de teólogos anteriores, resonó armoniosamente con ellos en su tiempo.

John E. Booty

Profesor de Historia de la Iglesia en el Seminario de Virginia y en la Escuela Teológica Episcopal

NÚMEROS

El Dios que guía

TEOLOGÍA PARA VIVIR

Fe y Palabra

CHARLES SIMEON

IMPRESO EN LIMA,
PERÚ

NÚMEROS: EL DIOS QUE GUÍA

Autor: ©Charles Simeon
Traducción: Margarita I. Calle.
Revisión de estilo: Yarom Vargas
Diseño de cubierta: Angela L. García-Naranjo
Serie: Biblioteca de Formación Homilética, volumen 4
Título original:

Charles Simeon, "Numbers", en *Horae Homileticae: Numbers to Joshua*, vol. 2 (London: Samuel Holdsworth, 1836), 1-201.

Editado por:
©TEOLOGIAPARAVIVIR.S.A.C
José de Rivadeneyra 610. Urb. Santa Catalina, La Victoria.
Lima, Perú.
ventas@teologiaparavivir.com
https://www.facebook.com/teologiaparavivir/
www.teologiaparavivir.com
Primera edición: Setiembre del 2026
Tiraje: 1000 ejemplares

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú, n.º 2026-10417
ISBN Tapa Blanda: 978-612-xxxx-xx-x

Se terminó de imprimir en setiembre del 2026 en:
ALEPH IMPRESIONES S.R.L.
Jr. Risso 580, Lince
Lima, Perú.

Temas: (LCSH): Iglesia de Inglaterra—Sermones. | Sermones ingleses. | Biblia. Números—Comentarios.
Clasificación: LCC: BX5133.S56 H67 2026 | DDC: 252.03—dc23

Prohibida su reproducción o transmisión total o parcial, por cualquier medio, sin permiso escrito de la editorial. Todos los derechos reservados y exclusivos ©TEOLOGIAPARAVIVIR.S.A.C.
Las citas bíblicas fueron tomadas de las versiones *Reina-Valera* de 1960 y de la *Nueva Biblia de los Hispanos*, salvo que se indique lo contrario.

TABLA DE CONTENIDOS

PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL.....IX
NÚMEROS XIX
§144. LA OFRENDA DE LOS CELOS (NM 5:29).....1
I. POLÍTICO 2
II. MORAL 4
§145. LA LEY DE LOS NAZAREOS (NM 6:21).....7
I. SUS VOTOS..... 8
II. SUS OFRENDAS 10
APLICACIÓN 12
§146. DIOS BENDECIRÁ SUS PROPIAS ORDENANZAS (NM 6:23-27) 15
I. EXPLICAR LAS PALABRAS QUE TENEMOS ANTE NOSOTROS..... 16
II. ANALIZAR ALGUNAS VERDADES QUE CONTIENEN 17
§147. LOS VIAJES DE ISRAEL REGULADOS POR DIOS (NM 9:21-23) 21
I. LA UTILIDAD DE ESTA DISCIPLINA PARA ELLOS..... 22
II. LA ENSEÑANZA QUE NOS TRANSMITE..... 25
EXHORTACIÓN 27
§148. LA INVITACIÓN DE MOISÉS A HOBAB (NM 10:29)... 29
I. LA INVITACIÓN 31
II. LOS ARGUMENTOS CON LOS QUE SE REFUERZA 33
EXHORTACIÓN 36
§149. LA ORACIÓN DE MOISÉS CUANDO EL ARCA SE PONÍA EN MARCHA Y SE DETENÍA (NM 10:35-36) 39
I. EN TIEMPOS DE PRUEBA 40
II. EN ÉPOCAS DE DESCANSO 41
EXHORTACIÓN 42
§150. CASTIGO POR EL DESEO DESMEDIDO (NM 11:10-13) 45
I. EL PECADO DE ISRAEL 46
II. EL DOLOR DE MOISÉS..... 47
III. EL DESAGRADO DE DIOS 49
§151. LA PALABRA DE DIOS ES SEGURA (NM 11:23) 53
I. EL MAL DE LA INCREDULIDAD 53
II. SU ANTÍDOTO ADECUADO 56
EXHORTACIÓN 59

§152. LA ENVIDIA DE JOSUÉ ES REPRENDIDA (NM 11:27-29) 61
I. EL PRINCIPIO AL QUE SE DEJÓ LLEVAR 62
II. LA REPRIMENDA QUE RECIBIÓ 64
§153. AARÓN Y MIRIAM SON REPRENDIDOS (NM 12:8-9) 69
I. QUIENES SE OPONEN AL MAGISTRADO CIVIL 71
II. QUIENES DESATIENDEN A LOS MINISTROS DEL EVANGELIO 72
III. QUIENES DESATIENDEN AL SEÑOR JESUCRISTO 72
EXHORTACIÓN 74
§154. LA APOSTASÍA DEPLORADA (NM 14:4-5) 75
I. LA PROPUESTA HECHA POR EL PUEBLO 75
II. EL EFECTO DE ESA PROPUESTA EN LOS FIELES SIERVOS DE DIOS 77
PERMÍTANME, PARA CONCLUIR, DIRIGIRME A LOS DE MÁS EDAD ENTRE ESTA AUDIENCIA 79
§155. EL PUEBLO MURMURA ANTE EL INFORME DE LOS ESPÍAS (NM 14:6-9) 81
I. LA RECONVENCIÓN MISMA 82
II. EL USO QUE DEBEMOS HACER DE ELLA 85
§156. LA RESPUESTA DE DIOS A LA INTERCESIÓN DE MOISÉS (NM 14:20-21) 89
I. LA ORACIÓN QUE OFRECIÓ 89
II. LA RESPUESTA QUE OBTUVO 92
APLICACIÓN 96
§157. SEGUIR AL SEÑOR PLENAMENTE (NM 14:24) 99
I. CUÁNDO SE PUEDE DECIR QUE SEGUIMOS AL SEÑOR PLENAMENTE 100
II. LA BIENAVENTURANZA DE QUIENES LO HACEN 101
§158. LA PRESUNCIÓN DE LOS ISRAELITAS REBELDES (NM 14:44) 105
I. EN QUÉ CONSISTIÓ SU PRESUNCIÓN 106
II. EN QUÉ DESEMBOCÓ 107
§159. EL PELIGRO DEL PECADO PRESUNTUOSO (NM 15:30-31) 111
I. EL PELIGRO DEL PECADO PRESUNTUOSO BAJO LA LEY 112
II. EL PELIGRO AÚN MAYOR QUE ENTRAÑA BAJO EL EVANGELIO .. 114
APLICACIÓN 115
§160. EL TRANSGRESOR DEL SÁBADO APEDREADO (NM 15:32-36) 117
I. LA CULPA 118

II. El peligro 120
§161. EL USO Y EL PROPÓSITO DE LOS FLECOS EN SUS VESTIDURAS (NM 15:37-41) 125
I. El fin al que debemos aspirar 126
II. Los medios por los cuales debemos obtenerla 127
§162. LA REBELIÓN DE CORÉ (NM 16:38) 133
I. La historia que tenemos ante nosotros..... 133
II. La enseñanza que se puede extraer de ello 136
§163. LA INTERCESIÓN DE AARÓN (NM 16:48).....139
I. Como hecho histórico 140
II. Como registro emblemático 142
§164. LA VARA DE AARÓN QUE FLORECIÓ (NM 17:10)....147
I. Lo que Dios hizo para confirmar el sacerdocio aarónico 148
II. Lo que él ha hecho para confirmar el sacerdocio de Cristo 150
§165. LA LEY DE LA PURIFICACIÓN (NM 19:17-20).....155
I. Su significado típico..... 156
II. Su carácter instructivo 158
§166. MOISÉS Y AARÓN CONDENADOS A MORIR EN EL DESIERTO (NM 20:12) 165
I. La ofensa que cometieron 166
II. El castigo infligido por ella..... 169
Para concluir 172
§167. MUERTE DE AARÓN (NM 20:27-28) 173
I. La transferencia de su cargo 174
II. La entrega de su alma..... 176
Exhortación 179
§168. LOS ISRAELITAS DESANIMADOS POR EL CAMINO (NM 21:4).....183
I. Las causas de su desánimo 183
II. Los efectos que produjo 185
III. La forma en que deberían haberse fortalecido contra él187
Aplicación 189
§169. LA SERPIENTE DE BRONCE (NM 21:8-9).....191
I. La disposición misma 192
II. El misterio que encierra 193
§170. EL CARÁCTER DE BALAAM (NM 22:18-19).....199

I. La inconsistencia del carácter de Balaam..... 200
II. Las consecuencias que de ello se derivan..... 202
§171. BALAAM OBSTACULIZADO POR EL ÁNGEL (NM 22:31) 207
I. Dios a menudo interviene misericordiosamente para obstaculizar a los pecadores en sus caminos..... 208
II. Sus intervenciones más notables a menudo solo despiertan la ira de aquellos en cuyo beneficio son enviadas 209
III. Esas intervenciones que se reconoce que han sido enviadas por misericordia producen, en su mayor parte, un efecto muy transitorio 210
§172. EL PRIMER INTENTO DE BALAAM DE MALDECIR A ISRAEL (NM 23:7-10).....213
I. Su seguridad..... 214
II. Su crecimiento 215
III. Su felicidad..... 216
§173. SEGUNDO INTENTO DE BALAAM DE MALDECIR A ISRAEL (NM 23:18-23) 219
I. La inmutabilidad de Dios..... 220
II. La bondad que él (Dios) ya había mostrado a su pueblo 221
III. La bondad que aún tiene reservada para ellos 222
§174. DIOS CUMPLIRÁ SU PALABRA (NM 23:19) 225
I. Algunos hombres piensan que Dios mentirá 226
II. Otros temen que él pueda mentir 227
III. Pero Dios ni quiere ni puede mentir 228
§175. EL TERCER INTENTO DE BALAAM DE MALDECIR A ISRAEL (NM 24:5, 9).....231
I. En referencia a la nación judía 232
II. En referencia al Israel espiritual..... 233
§176. CRISTO, LA ESTRELLA DE LA QUE HABLÓ BALAAM (NM 24:15-17).....235
I. La profecía..... 236
II. La aplicación que se le debe dar 238
§177. FINEES RECOMPENSADO POR SU CELO (NM 25:10-13) 241
I. El acto por el cual fue recompensado..... 242
II. La recompensa que se le otorgó 243
§178. LA MUERTE DE LOS ISRAELITAS EN EL DESIERTO (NM 26:63-65).....247

I. Que los pecadores no obtienen seguridad alguna de su número 248
II. Que ningún privilegio externo ni profesión de fe los salvará 249
III. Que los juicios divinos, por mucho que se demoren, los alcanzarán al fin 249
IV. Que ninguno de los fieles siervos de Dios perecerá jamás 250
§179. NOMBRAMIENTO DE JOSUÉ COMO SUCESOR DE MOISÉS (NM 27:15-21) 253
I. La preocupación de Moisés por el pueblo que se le había confiado 254
II. La provisión misericordiosa que Dios les concedió..... 256
§180. EL SACRIFICIO DE LA MAÑANA Y DE LA TARDE (NM 28:3-10) 261
I. El contenido de esta ofrenda 262
II. La manera en que se presentaba 265
§181. DESTRUCCIÓN DE LOS MADIANITAS (NM 31:48-50) 269
I. Su victoria sobre Madián 270
II. La matanza de los cautivos 271
III. La consagración del botín 272
§182. MOISÉS REPRENDE A LOS RUBENITAS (NM 32:6-7) 275
I. Los motivos de su recelo 275
II. Los efectos de su recelo 277
§183. LA CERTEZA DE QUE EL PECADO NOS ALCANZARÁ (NM 32:23) 281
I. De qué manera hemos pecado contra el Señor 281
II. Qué seguridad tenemos de que nuestro pecado nos alcanzará..... 283
§184. LAS CIUDADES DE REFUGIO (NM 35:24-28) 287
I. El establecimiento de las ciudades de refugio como una ordenanza civil 288
II. Como una institución tipológica 293
ÍNDICE DE REFERENCIAS BÍBLICAS.....301

PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Hace más de un siglo, el reconocido teólogo presbiteriano Robert Dabney (1820-1898) expresó lo siguiente:

> Si ignorásemos completamente las actividades de épocas anteriores, solo estaríamos familiarizados con aquellas fases de la naturaleza humana y solo poseeríamos un conocimiento práctico de los asuntos que se encuentran dentro de nuestro limitado campo de observación. ¡Cuán pequeña es esta porción en el vasto campo de la vida! Quien solo conozca esto, indudablemente tendrá una mentalidad muy limitada. Además, la experiencia derivada de nuestra propia observación solo se adquiere en su totalidad una vez que la observación ha concluido; es decir, después de que nuestra vida aquí haya terminado. Por lo tanto, la experiencia se adquiere demasiado tarde para ser de alguna utilidad.
>
> Es mediante el conocimiento del pasado que el joven adquiere la experiencia de los años. Mientras mantiene la energía y la iniciativa propias de la juventud, y aún es tiempo para actuar, la historia dirige sus acciones con la prudencia y sabiduría propias de un anciano venerable. El conocimiento del pasado permite combinar los mejores atributos de ambas etapas de la vida en una sola persona... Las instituciones públicas [Iglesia o Estado], cuyas actividades tienen un amplio alcance y cuya conducta pesa decisivamente en el bienestar de muchas personas bajo su influencia, nunca deberían ser encomendadas a alguien que no haya adquirido un amplio conocimiento práctico de instituciones similares a lo largo de la historia.
>
> Aquel que se propone enseñar, legislar o gobernar, ya sea en la Iglesia o en el Estado, sin poseer sabiduría histórica, es simplemente un imprudente novato. Su irresponsable locura es comparable a la de un

> curandero que se atreve a asumir las responsabilidades de un médico sin haber visto ni leído sobre la práctica médica.[1]

Las palabras de Dabney, aunque escritas hace más de un siglo, resuenan con fuerza hoy en día, y de manera especial en América Latina. El estudio de la historia otorga sabiduría y madurez a los jóvenes, quienes de otra forma carecerían de estas cualidades. La iglesia en América Latina ha sido caracterizada como «extensa en número, pero superficial en madurez»; es decir, una iglesia numerosa, pero poco madura. Si juzgamos a la iglesia por sus líderes, no es equivocado afirmar que existe una falta de madurez en nuestro liderazgo. Una causa principal de esta carencia puede ser el desconocimiento de la historia eclesiástica, así como de los modelos de ministerio pastoral y de predicación a lo largo de ella. Es importante recordar que nadie se convierte en gigante sin haber pasado tiempo con gigantes. Les invito a examinar las vidas de aquellos a quienes Dios ha usado de manera significativa; no solo a los populares, sino también a aquellos hombres y mujeres de inusual madurez y sabiduría. Al hacerlo, descubrirán un patrón común: aprendieron de gigantes.

Entre estos gigantes, posiblemente no haya mejor guía para enseñar a un joven predicador que el pastor anglicano Charles Simeon (1759-1836). Tal vez ninguna otra figura en la historia de la iglesia haya influido tanto en la formación de pastores y predicadores como Simeon, con la posible excepción de Juan Calvino (1509-1564). Simeon no solo enseñó a realizar una exégesis del texto, sino también a aplicarlo a sus congregaciones de una manera que mostrara a Cristo, promoviera la santidad y confrontara el pecado. Si deseamos que la nueva generación de predicadores latinoamericanos alcance madurez homilética y pastoral, debemos animarlos a pasar tiempo con los gigantes. Importa que no se limiten a los últimos libros de moda, sino aquellos textos que han impactado a generaciones enteras.

Consideremos los hábitos de lectura de un joven cristiano en el tiempo del teólogo puritano inglés John Owen (1616-1683), quien compuso obras como *Victoria sobre el pecado y la tentación* dirigidas a jóvenes y

---

[1] Robert L. Dabney, *Discussions by Robert Lewis Dabney: Evangelical*, ed. C. R. Vaughan, vol. 2 (Richmond, VA: Presbyterian Committee of Publication, 1891), 12-13.

adolescentes, y comparémoslos con los hábitos de lectura de un joven cristiano contemporáneo. La mayoría de los jóvenes hoy en día no lee, y aquellos que lo hacen a menudo optan por literatura que, en el mejor de los casos, se asemeja a la autoayuda evangélica. Falta profundidad y madurez en sus lecturas. No es casualidad que el pastor y teólogo congregacionalista Jonathan Edwards (1703-1758) redactara sus *setenta Resoluciones* a la edad de diecinueve años. Alcanzar tal madurez espiritual demanda un esfuerzo sostenido y riguroso en el estudio de la Palabra de Dios desde una edad temprana. Esta sabiduría solo se logra invirtiendo tiempo con los gigantes del pensamiento cristiano, y cuanto antes se inicie, mejor. Es preocupante que nuestros jóvenes, siendo capaces de entender complejas fórmulas de matemáticas y física, se encuentren perdidos frente a textos teológicos de mediana complejidad. Esto podría indicar una falta de interés por conocer a Dios, falta de madurez y pereza espiritual.

Este patrón de búsqueda profunda de conocimiento y sabiduría se ha repetido a lo largo de la historia y fue ejemplificado por nuestro Señor Jesucristo, quien a los doce años ya dialogaba con los líderes religiosos de su tiempo, asombrándolos con su inteligencia y sabiduría (Lc 2:41-52). No hay nada más crucial para alcanzar la madurez cristiana que nutrirse de la sabiduría acumulada a lo largo de los siglos, y esto es aún más esencial para aquellos que se preparan para el ministerio pastoral. Aprendemos a predicar imitando a grandes predicadores del pasado como modelos a seguir. Con el advenimiento de internet, tenemos acceso sin precedentes a una gran cantidad de material en línea, incluyendo predicaciones y enseñanzas de todo tipo. Sin embargo, precisamente por esta razón, es más importante que nunca aprender no solo de predicadores contemporáneos sino también de aquellos que han dejado su marca a lo largo de la historia. Los invito a permitir que uno de los maestros más grandes de la predicación, quien ha enseñado a innumerables generaciones de predicadores, pastores y misioneros, se convierta en uno de sus guías.

¿Quién fue Charles Simeon?

Charles Simeon (1759-1836) fue un pastor anglicano y líder de un movimiento de renovación evangélica que tuvo un profundo impacto en

miles de predicadores británicos durante el siglo XIX.[2] Su influencia perdura hasta hoy, tanto en su legado personal en figuras como John Stott (1921-2011) y Martyn Lloyd-Jones (1899-1981), quienes se consideraban herederos de dicho legado, como por medio de instituciones establecidas bajo su inspiración, como el Charles Simeon Trust.[3] Durante sus cincuenta y cuatro años de ministerio pastoral en la Iglesia de la Santísima Trinidad de Cambridge, Simeon impartió sermones expositivos de toda la Biblia, desde Génesis hasta Apocalipsis, semana tras semana. Dedicó más de treinta años a enseñar y formar a predicadores.[4]

Sus sermones fueron recopilados en veintiún voluminosos tomos titulados *Horæ Homileticæ*, los cuales incluyen una selección de 2536 sermones que abarcan toda la Biblia.[5] A lo largo de su extenso ministerio, que duró más de medio siglo, se estima que formó directamente a más de mil pastores.[6] Su influencia, ampliada por sus escritos, fue aún más significativa. Simeon tuvo un impacto directo en la formación de al menos catorce generaciones de predicadores y estudiantes de la Universidad de Cambridge. Su influencia se extendió a pastores, misioneros y líderes evangélicos, dejando una huella en casi un siglo de historia en el Reino Unido y, por medio de las misiones, en todo el mundo.

Simeon entendía que la mejor forma de aprender a predicar es practicando. Sin embargo, subrayaba que para que esta práctica fuera efectiva, debía ser una práctica guiada. Advertía que practicar todos los días cometiendo los mismos errores no solo impediría la mejora, sino que haría más difícil corregir esos errores. Este principio también se aplica a la predicación. La ayuda, formación y corrección por parte de otros maestros experimentados son indispensables para progresar como predicadores y expositores de las Escrituras. Simeon escribió su *Horæ Homileticæ* con el

---

[2] Puede leer una introducción biográfica a Charles Simeon aquí: quien-fue-charles-simeon/.

[3] Ver: https://simeontrust.org/es/

[4] *The Oxford Dictionary of the Christian Church*, editado por F. L. Cross and Elizabeth A. Livingstone (Oxford; New York: Oxford University Press, 2005), 1513.

[5] Lt. *Horae Homileticae*, puede ser traducido literalmente como Horas Homiléticas, u Oficios Homiléticos.

[6] A. F. Munden, "Simeon, Charles," ed. Timothy Larsen et al., *Biographical Dictionary of Evangelicals* (Leicester, England; Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 2003), 612.

objetivo de que sirviera de guía para los predicadores: un patrón, un modelo, un apoyo tanto para los ministros con décadas de experiencia en la exposición de las Escrituras como para aquellos que están comenzando.

Charles Simeon es recordado por su distintiva manera de predicar, una característica plasmada en una serie de seis siluetas por el silueteador francés Auguste Edouart (1789-1861). En estas obras, se le representa en diferentes actitudes en el púlpito: exponiendo, desarrollando, suplicando, implorando, impartiendo y concluyendo. Su estilo era serio y claro, con la capacidad de ser profundamente emotivo, hasta el punto de derramar lágrimas mientras predicaba. Para Simeon, era crucial no solo el contenido de lo que se pronunciaba, sino también la manera de expresarlo. La elocuencia evangélica, incluyendo la declamación y el estilo discursivo en la predicación, es una destreza que se ha ido perdiendo en la actualidad, pero que fue muy valorada por generaciones pasadas. Los sermones aburridos, que se limitan a exponer un texto sin transmitir vida, contradicen el énfasis reformado en la combinación de Espíritu y Palabra, corazón e intelecto, elementos que deben estar presentes de manera equilibrada.

Además, la influencia de Simeon trascendió las fronteras de su Inglaterra natal y se extendió al extranjero, no solo por medio de sus estudiantes, muchos de los cuales se convirtieron en misioneros, sino también mediante la fundación de la «Sociedad Misionera de la Iglesia para las misiones en África y Oriente».[7] Simeon fue un ferviente promotor de la obra misionera en África y Asia, tanto en la recaudación de fondos como en la promoción de estas labores. Su impacto en este campo permanece vigente hasta nuestros días.

Sobre la Biblioteca de Formación Homilética

La Biblioteca de Formación Homilética surge de la firme convicción de la importancia de nutrirse de los ejemplos de los más destacados predicadores. También responde a la necesidad de tener una guía sobre cómo exponer el texto de las Escrituras de manera coherente con la revelación divina y cómo aplicarlo a las necesidades específicas de

---

[7] P. Toon, "Simeon, Charles," ed. J.D. Douglas and Philip W. Comfort, *Who's Who in Christian History* (Wheaton, IL: Tyndale House, 1992), 625.

nuestros oyentes. Por eso mismo, Charles Simeon es posiblemente una de las figuras históricas con las mejores credenciales para esta tarea. Esta colección de libros no constituye un comentario bíblico per se, aunque sí realiza un análisis del texto bíblico. Tampoco se trata de una guía hermenéutica sobre cómo interpretar el texto bíblico, aunque incluye numerosos principios hermenéuticos.

Esta serie de libros es una compilación de sermones sobre toda la Biblia. Su objetivo es ser una herramienta homilética útil para la preparación de sermones, la enseñanza de las Escrituras y la guía de devocionales familiares o personales. Se destacan seis características distintivas de esta colección:

1. **Exposición Exegética:** La serie de Simeon se esfuerza por hacer justicia al texto de las Escrituras. Aunque no ofrece un análisis exhaustivo versículo por versículo, sí proporciona los elementos necesarios para una interpretación y aplicación clara del texto inspirado.
2. **Interpretación Cristocéntrica: La interpretación del texto** debe ir más allá de su significado original, buscando cómo este señala hacia la obra, mensaje y persona de Cristo. Simeon asume que las Escrituras son un mensaje de Cristo, de modo que una correcta exégesis resultará inevitablemente en una perspectiva cristocéntrica.
3. **Confesionalidad Reformada:** Simeon, al igual que la mayoría de los protestantes a lo largo de la historia, creía en interpretar las Escrituras dentro del marco y límites de los credos y confesiones de fe. Se identificaba con la vertiente de la teología reformada protestante representada por los Treinta y Nueve Artículos de la Iglesia de Inglaterra y el Libro de Oración Común.
4. **Relevancia Homilética:** Las obras de Simeon explican y aplican el texto de manera que confronten al pecador, exalten al Salvador y promuevan la santidad. Ofrecen lecciones valiosas sobre la aplicación del texto bíblico a situaciones específicas.
5. **Lectura Devocional:** Las obras de Simeon son de gran valor tanto para el estudio personal como para la adoración familiar. Leer un

sermón de Simeon en familia puede ser una excelente manera de crecer juntos en la fe.

6. **Aplicación Evangelística:** La promoción de misiones fue una característica destacada del ministerio de Simeon, reflejada en sus escritos. Esta serie inspirará a los lectores a compartir el evangelio, y muchos de los sermones pueden servir como guías para la predicación evangelística, y resultan adecuados incluso para que los lean los no creyentes.

Sobre esta serie

Esta serie se presenta en la edición original, sin ningún tipo de abreviatura o resumen, manteniendo las notas originales del autor. Los títulos y subtítulos, así como las divisiones y estructura de cada sermón, se conservan tal como los estableció Charles Simeon. No se ha realizado ninguna modificación en estos aspectos. Sin embargo, se ha actualizado el sistema de numeración: en lugar de los números romanos utilizados originalmente, se han adoptado números arábigos para facilitar la comprensión. La colección completa constará de aproximadamente cuarenta volúmenes y su publicación se extenderá a lo largo de los próximos veinte años. Con este proyecto, aspiramos a contribuir significativamente a la formación de las futuras generaciones de pastores y predicadores en el ámbito de habla hispana.

Lunes 27 de mayo de 2024
Belfast, Reino Unido
Jaime D. Caballero
Editor general

HORÆ HOMILETICÆ:

O

DISCURSOS

RECOPILADOS EN UNA SERIE CONTINUA,
Y FORMANDO UN COMENTARIO
SOBRE CADA LIBRO DE

EL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO;

AL QUE SE ANEXA
UNA EDICIÓN MEJORADA DE UNA TRADUCCIÓN DE
EL ENSAYO DE CLAUDE SOBRE LA COMPOSICIÓN DE UN SERMÓN
EN VEINTIÚN VOLÚMENES

POR EL REVERENDO

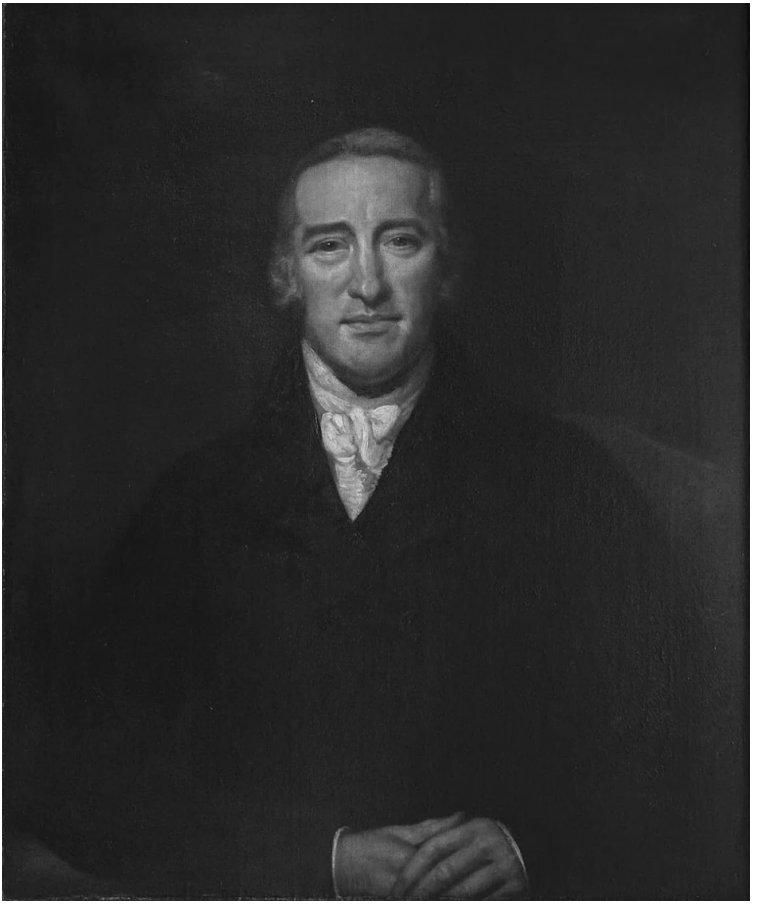
CHARLES SIMEON, M.A.

CATEDRÁTICO EMÉRITO DEL KING'S COLLEGE, CAMBRIDGE

VOL. II.

NÚMEROS A JOSUÉ

LONDRES:
SAMUEL HOLDSWORTH,
AMEN CORNER, PATERNOSTER ROW
1836



CHARLES SIMEON (1759-1836)

NÚMEROS

§144. LA OFRENDA DE LOS CELOS[1] (NM 5:29)

Esta es la ley de los celos.

El hombre ha ideado muchas pruebas; pero todas son supersticiosas, engañosas, crueles e injustas. Sin embargo, Dios mismo estableció una que no admitía objeción alguna, destinada a satisfacer a cualquiera que se creyera agraviado por su esposa. El esposo celoso podía llevar a su esposa ante un tribunal, ante el cual el Dios que escudriña los corazones actuaría a la vez como testigo y juez. El proceso era el siguiente: debía llevar a su esposa ante el sacerdote; y con ella, una ofrenda, no de harina fina de trigo, sino de harina de cebada; y eso sin aceite ni incienso (pues la ofrenda tenía por objeto resaltar su estado humillante y afligido).

Luego debía tomar un poco de agua santa de la pila y mezclarla con algo de polvo del suelo del tabernáculo; y repetirle a la mujer una fórmula de maldición, a la cual la mujer debía responder: «Amén, amén», en señal de su pleno consentimiento con cada parte de la misma. A continuación, esta maldición debía escribirse en un libro y volver a enjuagarse en el recipiente que contenía el agua; de modo que el agua quedara, por así decirlo, impregnada de la maldición. Luego, la ofrenda debía ser agitada ante el Señor, y parte de ella debía quemarse en el altar, en señal de que se había hecho una apelación a Dios. Luego se daba a beber el agua a la mujer, y de inmediato se veía si la acusación había sido justa o injusta. Si era culpable de infidelidad a sus votos

[1] El hebreo y el inglés emplean una misma palabra para los celos del esposo y para el celo con que Dios reclama la fidelidad exclusiva de su pueblo. En español se distinguen ambos sentidos: «celos» para el primero y «celo» para el segundo. (N. del T.)

matrimoniales, la maldición que se había impuesto sobre sí misma caía sobre ella: al instante su vientre comenzaba a hincharse y su muslo a pudrirse; y su vergüenza se hacía visible para todos. Si, por el contrario, era inocente, el agua que había bebido no producía tal efecto, sino que más bien una bendición de Dios descendía sobre ella.

«Tal era la ley de los celos», tal como se expone en el capítulo que nos ocupa. Pero no es en las *disposiciones* de esta ley, ni en *sus sanciones*, donde pretendemos detenernos: nos basta con saber que se hacían tales y tales cosas, y que se producían tales y tales efectos. Queremos dirigir su atención a los usos de esta ley, que resultarán sumamente interesantes e instructivos.

Su utilidad era doble: política y moral:

I. Político

Muchas de las leyes judías estaban adaptadas exclusivamente a ese pueblo y eran totalmente inaplicables a cualquier otra nación. Los judíos vivían bajo una teocracia: Dios mismo era su gobernante tanto en lo temporal como en lo espiritual. Las causas dudosas se sometían a su decisión; y existían medios establecidos para la manifestación de su voluntad respecto a ellas. De esta naturaleza era el juicio de una esposa sospechosa; se llevaba a cabo mediante una apelación directa a Dios. Esta singular institución era de gran utilidad nacional;

1. Como guardián de la paz doméstica

Es casi inevitable que algún esposo, ya sea por la terquedad de su propio carácter o por la indiscreción de su esposa, sienta surgir en su interior «un espíritu de celos». Dondequiera que se dé rienda suelta a tal pensamiento, este corroe y devora toda la felicidad familiar; y, especialmente entre un pueblo tan insensible como los judíos, que siempre estaban dispuestos a repudiar a sus esposas por la más mínima razón, esto conduciría a una disolución casi inmediata de los lazos matrimoniales. Las miserias derivadas de tales divorcios apresurados son más fáciles de imaginar que de describir.

Pero cuando un hombre tenía a su alcance un medio de reparación, se mostraba menos dispuesto a dar rienda suelta a la sospecha; o, si surgía, no permitiría que le carcomiera el corazón: o bien la apartaría de su mente, o bien la llevaría de inmediato a una resolución; de modo que, si estuviera justificada, pudiera liberarse de su vínculo; o, si fuera infundada, se librara de sus dolorosas aprensiones.

De este modo, la ley en cuestión retrasaría el surgimiento de los celos, disminuiría su fuerza y facilitaría su extinción; al mismo tiempo que evitaría los divorcios injustos y reconciliaría la mente con cualquier divorcio que las circunstancias del caso pudieran requerir.

2. Como preservativo de la virtud pública

Es la esperanza de poder ocultarlo lo que da fuerza a la tentación. Un ladrón no robará si sabe que será detectado infaliblemente; tampoco el adúltero trazará sus planes de seducción si sabe que no podrá ocultar su culpa de ninguna manera. Ahora bien, al estar el remedio en manos de la parte agraviada y ser seguro el resultado de un juicio, los hombres serían cautelosos a la hora de exponerse a consecuencias tan tremendas como las que tienen motivos para esperar. Las mujeres también estarían en guardia, no solo contra la comisión efectiva del pecado, sino contra la más mínima aproximación al mismo. La imposibilidad de escapar sería una protección para su virtud, una barrera que ninguna tentación podría forzar. Desde su más tierna infancia sentirían la necesidad de ser recatadas en sus hábitos y prudentes en su conducta; y de abstenerse, no solo del mal, sino incluso de la apariencia del mal. Pues aunque no se las declarara culpables hasta el extremo que sus maridos, movidos por los celos, habían imaginado, pocas las exculparían por completo, o pensarían que no habían dado algún motivo de sospecha; y la conciencia de esto haría que el juicio en sí mismo resultara extremadamente temible incluso para aquellas que no tuvieran nada que temer en cuanto a la decisión final.

De ahí que resulte evidente que la existencia de esta ley constituiría un freno saludable para las pasiones de la humanidad y surtiría un efecto sumamente favorable en todas las clases de la comunidad.

Su utilidad, en el ámbito político, era importante; pero lo era aún más en cuanto que,

II. Moral

Por más minuciosas e insignificantes que puedan parecer muchas de las leyes judías, no había ninguna que no tuviera por objeto inculcar alguna gran lección de moralidad. La que estamos analizando tenía un beneficio muy amplio. Tenía una tendencia directa,

1. Convencer a los escépticos

La idea general de la humanidad es que Dios no presta atención a sus acciones: «Bah, el Señor no ve, ni el Todopoderoso lo toma en cuenta», es el lenguaje de todo corazón (Is 29:15; Sal 73:11; Job 22:13-14).

Pero una sola aplicación de esta ley traería una convicción irresistible a toda mente. Se supone que el crimen cometido ha sido tan secreto que ningún ser humano, excepto los culpables, tenía conocimiento de él. Se supone también que no se pudo encontrar ninguna pista para descubrirlo. Contemplen el resultado de esta prueba, y a la mujer culpable justificando a ese Dios que le había infligido venganza: ¿podría quedar ahora alguna duda sobre si Dios ve nuestras acciones o no; o si permitirá que el pecado quede impune? El ateo más acérrimo (si es que existiera tal ser) debe, al igual que los adoradores de Baal, quedar convencido ante tal espectáculo y exclamar: «¡El Señor es Dios; el Señor es Dios!». «¡En verdad hay un Dios que juzga en la tierra!» (Sal. 58:11) [2]

2. Para recuperar a los depravados

¿Cuáles deben ser los sentimientos de un hombre que, después de haberse entregado a la iniquidad, contempla una escena como esta? ¿No le traerá esto a la memoria sus propias iniquidades? ¿No debe temblar

[2] Sal 58:11. Pasajes como Sal 139:11-12 y Job 34:21-22 le aparecerían ahora bajo su verdadera luz.

ante la idea de presentarse ante este santo Señor Dios y ante la perspectiva de los juicios que se le infligirán? ¿No debe darse cuenta, en cierta medida, de la vergüenza a la que quedará expuesto ante el universo reunido, y de la miseria que acompañará su existencia? Sí; me parece que ya comienza a golpearse el pecho y a clamar por misericordia; y decide, de ahora en adelante, caminar en novedad de vida.

3. Para consolar a los oprimidos

Si una mujer de carácter irreprochable fuera víctima de los celos de su esposo, ¡con qué santa confianza bebería la copa que le fue asignada y presentaría su súplica ante el Dios que escudriña los corazones!

¡Y con qué triunfo saldría del tabernáculo, cuando Dios mismo hubiera dado testimonio público de su inocencia! A partir de ahí, entonces, todo aquel cuyo nombre hubiera sido mancillado por el aliento de la calumnia podría asegurarse de que se avecinaba un tiempo en el que Dios reivindicaría su reputación mancillada y haría brillar su justicia como el mediodía. David, bajo las acusaciones de Saúl, se consoló con esta perspectiva (Sal 7:3-8); y vivió para dar testimonio de la fidelidad de Dios hacia quienes confían en él (Sal 18:16-20); y para recomendar a otros, a partir de su propia experiencia, este remedio (Sal 37:4-6).

Es cierto que la intervención de Dios tal vez no sea, para otros, tan inmediata ni tan visible en este mundo; pero, en el mundo venidero, si no antes, se cumplirá esa promesa para cada siervo del Señor: «A toda lengua que se levante contra ti en juicio, la condenarás» (Is 54:17; 66:5).

No podemos concluir este tema sin RECOMENDAR a todos,

1. Que se cuiden de invocar a Dios a la ligera

Es doloroso escuchar con qué descuido los hombres juran por Dios o utilizan la expresión «Dios lo sabe». Pero, por más que los hombres se tomen a la ligera tales invocaciones, Dios las escucha; y, tarde o

temprano, manifestará su indignación contra todos los que profanan así su santo nombre. A veces, incluso ahora, se dan muestras instantáneas de su venganza, con el fin de frenar tal impiedad; pero, si él soporta a tales personas por un tiempo, a su debido tiempo «su pecado los alcanzará sin falta».

2. Estar preparados para el juicio final

Esta ley ha dejado de estar vigente; pero hay otro tribunal ante el cual todos, ya sean hombres o mujeres, casados o solteros, serán convocados. Allí seremos llevados por nuestro «Esposo» celestial, «quien es un Dios celoso, sí, cuyo mismo nombre es Celoso» (Éx 34:14): y su decisión infalible determinará nuestro estado eterno. Piensen cuál debe haber sido el estado de ánimo de una mujer en la víspera de su juicio, cuando sabía que era culpable: ¿no debía estar llena de temor y temblor? ¿Cómo, entonces, puede alguno de nosotros estar alegre y despreocupado ante la perspectiva de una prueba tan dura como LA QUE tenemos que pasar? No podemos sino reconocer que se nos tacha con razón de «adúlteros y adúlteras» (Stg 4:4): confesemos, pues, nuestros pecados con toda humildad de espíritu, y lavémonos en esa «fuente que fue abierta para el pecado y para la impureza».

§145. LA LEY DE LOS NAZAREOS[1] (NM 6:21)

Esta es la ley del nazareo que hiciere voto de su ofrenda a Jehová por su nazareato.

Los nazareos, en los mejores tiempos del Estado judío, eran eminentemente piadosos. Dios mismo declara acerca de ellos que «eran más puros que la nieve y más blancos que la leche» (Lm 4:7). La institución misma fue establecida por designio divino, con el propósito de que fueran una bendición para la nación e impidieran que decayeran la piedad y la moral. Fue un favor para ese pueblo que «Dios levantara de entre sus hijos a profetas»; y no lo fue menos que levantara «de sus jóvenes para que fuesen nazareos» (Am 2:11). Algunos, como Sansón y Juan el Bautista, fueron apartados por Dios mismo desde el vientre de su madre; y se les dio la orden expresa de que, desde su nacimiento, no bebieran vino y que ninguna navaja tocara su cabeza (Jue 13:4-5, 7, 14; Lc 1:15).

Otros, tal vez, como Samuel, podían ser consagrados por sus padres desde el vientre materno (1 S 1:11). Pero, en general, la separación para ser nazareos era totalmente voluntaria y por un tiempo determinado. La costumbre continuó incluso hasta la época apostólica. El mismo san Pablo parece haber cumplido el voto de nazareo en Cencrea (Hch 18:18); y cuando cuatro hombres lo cumplían en Jerusalén, él, con el fin de disipar los prejuicios de quienes lo

[1] El nazareo no era un habitante de Nazaret, sino quien hacía un voto temporal de consagración especial a Dios: se abstenía de vino, no se cortaba el cabello y evitaba el contacto con cadáveres. (N. del T.)

consideraban contrario a la ley de Moisés, se unió a ellos, asumiendo parte de los gastos que conllevaba ese voto y ajustándose en todo al ritual prescrito (Hch 21:23-24). La ley que los rige se encuentra en el capítulo que ahora estamos analizando; y, de acuerdo con la estructura que nos presenta nuestro texto, la consideraremos como compuesta por:

I. Sus votos

Aquí se detallan minuciosamente *los pormenores* de su voto:
Se apartaban por un tiempo para dedicarse de manera extraordinaria al servicio de Dios. Durante ese tiempo no debían tocar vino alguno, ni uvas frescas ni secas. No debían cortarse el cabello, ni acercarse a ningún cadáver, ni hacer duelo ni siquiera por un padre o una madre (vv. 2-8). Si, por algún accidente imprevisto, una persona cayera muerta cerca de ellos, o un cadáver llegara a estar casi en contacto con ellos, debían afeitarse la cabeza y ofrecer tanto un holocausto como una ofrenda por el pecado (para expiar la impureza que habían contraído), y debían comenzar de nuevo el período de su separación, ya que todo lo transcurrido hasta entonces quedaba nulo y sin efecto (vv. 9-12).

El *propósito* de esto, aunque no se declara expresamente en las Escrituras, puede determinarse sin dificultad.
Parece que la orden de los nazareos tenía por objeto prefigurar a Cristo, quien, aunque no observaba las leyes relativas a esa orden, estaba consagrado desde la eternidad al servicio de su Dios, no solo por designación de su Padre, sino por su propio compromiso voluntario, y completó el curso de su obediencia hasta poder decir: «Consumado es».

Pero no tenemos ninguna duda respecto al propósito de Dios al presentarnos en los nazareos un modelo digno de imitación. La disposición en sí ha cesado con la ley: a «los gentiles creyentes» se les dice expresamente que «no se les exige observar nada de eso» (Hch 21:25). Pero, aunque la forma ha cesado, la esencia permanece. Estamos llamados a consagrarnos sin reservas a Dios. Este es nuestro deber y nuestro privilegio. «No nos pertenecemos a nosotros mismos; hemos sido comprados por un precio»; y, por lo tanto, comprados «para que glorifiquemos a Dios con nuestros cuerpos y nuestros espíritus, que

son suyos». Cada uno de nosotros debería escribir de su puño y letra y decir: «Yo soy del Señor» (Is 44:5; Ro 14:7-8)

No necesitamos abstenernos literalmente del vino; pero debemos mostrar una santa superioridad frente a todos *los placeres* de los sentidos. Podemos disfrutarlos, porque «Dios nos ha dado todas las cosas abundantemente para que las disfrutemos»; pero no debemos buscar nuestra felicidad en ellos, ni dejarnos esclavizar por ellos en absoluto; ni valorarlos más allá de lo que podamos disfrutar de Dios en ellos y glorificarlo por medio de ellos. El mismo desapego debemos mostrar ante *las preocupaciones* de esta vida. Podemos lamentarnos, es cierto, pero nunca debemos entregarnos a esa «tristeza del mundo, que produce muerte». Al tener a Dios como nuestra porción, la pérdida de todas las cosas terrenales debería sentirse, comparativamente, como algo insignificante.

No estamos llamados a esa singularidad en el vestir que hacía visibles a los nazareos; pero sin duda estamos llamados a no conformarnos a toda moda ociosa, ni a caer en todas las absurdidades que caracterizan a los devotos de este mundo. Un cristiano debe despreciar tales vanidades y «no ser más de este mundo de lo que el mismo Cristo fue del mundo».

Debemos mantenernos a la mayor distancia posible de toda clase de contaminación: no debemos «tener comunión con las obras infructuosas de las tinieblas», sino «ser purificados de las obras muertas para servir al Dios vivo». ¡Qué cautela, qué temor santo debemos mantener! ¡Qué pavor a deshonrar a nuestro Señor y a andar de manera indigna de nuestra santa profesión! Sin duda, debemos «abstenernos incluso de la apariencia del mal» y esforzarnos por «ser puros como Dios mismo es puro».

Si en algún momento, por debilidad o descuido, nos contaminamos, no debemos pensar en seguir adelante como si no hubiéramos hecho nada malo: no; debemos arrepentirnos de cualquier pecado; pues, si se persiste en él, nos destruirá infaliblemente (Ez 18:24). Debemos, al igual que el nazareo, recurrir de inmediato al sacrificio expiatorio de Cristo y buscar la remisión a través de su preciosa sangre. Sí, al igual

que él también, debemos renovar nuestra dedicación a Dios, como si nunca antes nos hubiéramos entregado a él. Este es el camino más seguro y, con mucho, el más feliz. Si nos quedamos dudando y cuestionándonos sobre nuestro estado anterior, puede que pase mucho tiempo antes de que lleguemos a alguna conclusión reconfortante; pero si dejamos de lado la consideración de las experiencias pasadas, o las usamos solo como motivos para una humillación más profunda, y nos dedicamos a Dios de nuevo como lo hicimos al principio, honraremos al máximo la misericordia de nuestro Dios y obtendremos con mayor rapidez nuevas muestras de su favor.

Al cumplir sus votos, se les exigía que presentaran,

II. Sus ofrendas

Estas se especifican en detalle: consistían en un cordero macho como ofrenda quemada, para reconocer la bondad de Dios hacia ellos; una corderita como ofrenda por el pecado, para obtener misericordia de su parte; y un carnero como ofrenda de paz, para demostrar que se encontraban en un estado de favor y aceptación ante Dios. Además de estas, debían ofrecer una canasta de pan sin levadura, que consistía en tortas mezcladas con aceite y obleas untadas con aceite, junto con una ofrenda de cereal y una libación.

De todo esto se le daba al sacerdote una porción mayor que en otras ocasiones: pues no solo le correspondían el pecho mecido y el hombro elevado, sino que también se le añadía el otro hombro del carnero, que se cocía o se hervía, junto con una torta sin levadura y una oblea sin levadura; y, después de haber sido puestos en manos del nazareo y agitados ante el Señor, se entregaban al sacerdote como su porción. También se afeitaba el cabello del nazareo, y se quemaba en el fuego en el que se cocían las ofrendas de paz. Así se daba a conocer públicamente el fin de su voto; y ellos, liberados de esas obligaciones particulares, tenían libertad para retomar los placeres a los que habían renunciado voluntariamente durante su separación (vv. 13-20).

No sería fácil determinar con precisión el propósito exacto de estas múltiples observancias; pero de una visión general de ellas podemos deducir que:

1. Que de todo lo que hacemos, debemos dar gloria a Dios

Esto se expresaba mediante el holocausto, así como mediante la ofrenda elevada: reconocían ante Dios que su bondad para con ellos era grande, y que el servicio que podían prestarle había sido fruto de su amor y don de su gracia. Así deben considerarse todos nuestros servicios. Si los consideramos como razones para sentirnos superiores o complacidos con nosotros mismos, serán odiosos para Dios en la misma medida en que los admiremos. Nunca debemos olvidar, ni por un momento, que «es por la gracia de Dios que somos lo que somos». «Es Dios quien nos da tanto el querer como el hacer, y todo ello por su buena voluntad». «Nuestra suficiencia, incluso para un buen pensamiento, proviene únicamente de él». Por lo tanto, en lugar de imaginar que hacemos a Dios deudor nuestro por cualquier obra que realicemos, debemos recordar que *cuanto más hacemos por Dios, mayor es nuestra deuda con* él.

2. Que, después de todo lo que podamos hacer, necesitamos tener parte en la sangre expiatoria de Cristo

Esto se manifestó claramente mediante la ofrenda por el pecado. El cabello del nazareo no se quemaba en el altar de los holocaustos para *hacer expiación*, sino en el fuego con que se cocían las ofrendas de paz, *como reconocimiento.* Por muy santas que sean nuestras vidas, aunque fuéramos santificados para Dios desde el mismo vientre materno y nunca hubiéramos contraído tal grado de contaminación como para destruir nuestra esperanza de ser aceptados por él, aún así debemos ser lavados en «la fuente abierta para el pecado», es decir, la fuente de la sangre de Cristo, la cual sola «limpia de todo pecado». Hay iniquidad adherida a nuestras cosas más sagradas; y una expiación es tan

necesaria para ellas como para nuestros pecados más graves: y esa expiación solo se puede encontrar en el sacrificio de Cristo.

3. Que cuando se cumpla nuestro plazo de separación, nuestras alegrías serán ilimitadas por los siglos de los siglos

«Después de eso, el nazareo podrá beber vino» (v. 20): y, tras el breve período de mortificación y abnegación que aquí se nos ha asignado, «entraremos en el gozo de nuestro Señor», es decir, en «su presencia, donde hay plenitud de gozo y deleites para siempre». El temor a la impureza habrá entonces pasado; y se habrán quitado los signos de humillación. Entonces «beberemos vino nuevo en el reino de nuestro Padre»: ¡y oh, cuán dulces serán esos sorbos, que en nuestro actual estado de separación no se nos permitió probar! No necesitamos, ni podemos tener, mayor aliento que este. Contemplemos tan solo «la bienaventuranza de los que mueren en el Señor», y no necesitaremos ningún otro incentivo para vivir para el Señor.

Aplicación

El término «nazareo» implica *separación*; y aunque, como se ha señalado anteriormente, las ordenanzas relativas a los nazareos ya no están vigentes, sus deberes, desde un punto de vista espiritual, son obligatorios para nosotros. San Pablo dice: «Salgan de en medio de los impíos, y *apártense*, y *no toquen lo impuro;* y yo seré un Padre para ustedes, y ustedes serán mis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso». Recuerden también que se señaló que «Dios levantó a jóvenes para que fueran nazareos». ¡Ojalá los jóvenes entre nosotros fueran los primeros en entregarse a Dios! ¡Cuánto se beneficiaría el mundo! ¡Cuánto sería glorificado Dios!

En cuanto a las mujeres, un voto que hicieran, si no lo permitía su padre o su esposo, quedaba sin efecto; de modo que no podían apartarse, como nazareas, sin el permiso de quienes tenían autoridad sobre ellas (Nm 30:1-16): pero ahora no existe tal autoridad, nada que impida la entrega de nuestras almas a Dios: la respuesta a cualquier

autoridad contraria debe ser: «Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hch 5:29). Que nada, pues, nos impida llevar a cabo los propósitos que Dios nos ha inspirado; sino que, tanto jóvenes como mayores, «nos entreguemos como sacrificios vivos a Dios, seguros de que es un servicio tan razonable como aceptable».

§146. DIOS BENDECIRÁ SUS PROPIAS ORDENANZAS (NM 6:23-27)

Así bendeciréis a los hijos de Israel, diciéndoles: «Jehová te bendiga, y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz». Y pondrán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré.

Todo hijo de Dios debe cultivar al máximo la benevolencia; pero los ministros,[1] sobre todo, deben considerarlo como el distintivo de su ministerio: aunque a veces se vean obligados a «ser severos»; pero ya sea que reprendan o que exhorten, deben actuar movidos únicamente por un principio de amor. Bajo la ley, bendecir al pueblo era una parte muy importante del oficio sacerdotal; y Dios prescribió una fórmula que debían usar Aarón y sus hijos al cumplir con ese deber:[2] y no hay palabras que expresen mejor el alcance y el fin del ministerio cristiano. Si se logra que el pueblo reciba abundantes comunicaciones de gracia y paz, y se entregue por completo a Dios, un ministro no puede desear nada más en este mundo; sus esfuerzos se ven bien recompensados. Para promover este fin bendito, consideraremos:

---

[1] Simeon era clérigo de la Iglesia de Inglaterra. En este contexto, «ministro» designa a un clérigo ordenado por un obispo, no al equivalente exacto del pastor evangélico. (N. del T.)

[2] El hecho de que se tratara de una fórmula prescrita no le restaba eficacia para el bien del pueblo.

I. Explicar las palabras que tenemos ante nosotros

Dios le está dando a conocer aquí su voluntad a Moisés y le indica qué órdenes debe dar a Aarón y a sus hijos con respecto al desempeño de su oficio sacerdotal, y hay dos deberes que les asigna;

1. Bendecir al pueblo en el nombre de Dios

Esto se declaró repetidamente como su función (Dt 21:5); y la práctica constante de los apóstoles muestra que debía continuarse bajo la dispensación cristiana.[3] De acuerdo con su ejemplo, la Iglesia cristiana ha conservado universalmente la costumbre de cerrar el servicio con una bendición pastoral. Ciertamente, no debemos suponer que los ministros puedan, por ningún poder o autoridad propia, impartir una bendición (Hch 3:12): no pueden seleccionar a las personas que serán bendecidas, ni fijar el momento, la forma o el grado en que alguien reciba una bendición; pero, como administradores de los misterios de Dios, reparten el pan de vida, confiados en que su divino Maestro dará eficacia saludable a las ordenanzas que él mismo ha establecido. La instrucción del texto fue confirmada con una promesa expresa de que lo que ellos dijeran en la tierra sería ratificado en el cielo; y todo ministro fiel puede cobrar aliento de ella para cumplir su deber, y puede considerar que Dios le dice: «Bendice a la congregación, *y yo los bendeciré*» (a este respecto, véanse Lc 10:5-6 y Jn 20:23).

2. Reivindicar al pueblo como propiedad de Dios

«Poner el nombre de Dios sobre ellos» es reclamarlos como «su porción, la parte de su herencia» (Dt 32:9). Esto debe hacerlo todo ministro en los términos más autoritarios; y no solo reclamarlos como su propiedad, sino animarlos con toda seriedad a entregarse a su

---

[3] Simeon llama «dispensación» a cada uno de los regímenes bajo los cuales Dios ha tratado con su pueblo: el del Antiguo Testamento y el del Evangelio. El término es anterior al dispensacionalismo del siglo XIX y no se refiere a ese sistema. (N. del T.)